

Escritos sobre religiosas medievales: Monjas, santas, reclusas. Actitudes y representaciones contrastantes

Writings on medieval religious women:
Nuns, saints, recluses. Attitudes and representations; contrasts

Reyna Pastor

CSIC, Madrid.

Recibido el 11 de abril de 2003.

Aceptado el 10 de mayo de 2004.

BIBLID [1134-6396(2003)10:1; 131-144]

Presentamos diversos escritos sobre mujeres religiosas medievales —especialmente redactados entre los siglos XII y XV— con los que se pretende ilustrar sobre la diversidad de sus figuras y los contrastes que podían presentar las expresiones de esa religiosidad o la falta de ella. Son testimonios escritos por hombres lo que equivale a decir que están pasados por un prisma muy especial, a veces benevolentes, por lo general críticos y negativos, pero siempre muy útiles para captar aspectos importantes de la cultura religiosa y de la sociedad en la que se desenvolvían esas vapuleadas mujeres y esos estrictos monjes. Y no son para nada despreciables las referencias que nos aportan también sobre esos hombres laicos, generalmente poderosos feudales, frecuentemente de la mas alta nobleza que, bien ejercían sus poderes patriarcales sobre jóvenes núbiles sin importarles sus opiniones ni deseos, bien saciaban en ellas sus impulsos sexuales, generalmente breves, basados en el poder y la fuerza, en la prepotencia y la falta de límites morales o reales. Hombres brutales pero temerosos, por lo general —pero no siempre— de los castigos que el alto clero podía imponerles, temerosos de Dios sí, pero sobre todo de su reputación ante la Iglesia y de los daños que podían ocasionarse al salir del marco de referencia impuesto por los acuerdos, siempre inestables, siempre variables, entre los dos poderes: el eclesiástico y el laico.

Anunciamos haber recogido en estos textos “contrastes, figuras contradictorias”, ha sido así, casi involuntariamente, porque la vida de las gentes religiosas estaba plagada de ellos: junto a una mujer tenida por santa por todos sus contemporáneos próximos y por los hombres de la Iglesia, estaban otras engañadoras, corruptas, sagaces mentirosas que imitaban rasgos de

santidad con la intención de burlarse de la gente y del clero, de lograr fama y prestigio cuando no bienes materiales.

En los casos que presentamos los protagonistas masculinos son también ingenuos o bribones. El monje que cuenta la vida de Santa María de Oignies está realmente convencido de la santidad de la reclusa, no ve en ella exageraciones en las variadas expresiones de su fe —como hoy las detectamos— para él era toda pureza y religiosidad. Era como podía concebirse una santa en el siglo XII, no con todos sus atributos pero sí con la mayor parte de ellos.

La sociedad bajomedieval era consciente sin embargo de la violencia que se ejercía sobre algunas hijas de familias importantes, tanto pertenecientes a grandes linajes feudales, como a ricos burgueses, y algunos hombres de iglesia, entre otros solieron destacar los males que acarreaban estas reclusiones forzosas en los monasterios. Sólo algunas mujeres de alta posición y con mucho coraje se atrevieron a presentar sus protestas por estos hechos aún ante el Papa, otras vivieron como pudieron adaptándose, o sufriendo en silencio, o transformándose en transgresoras, ante el horror de sus congéneres masculinos eclesiásticos.

En toda la sociedad existían creencias sobre hechos mágicos, sobre que las maldiciones podían, y por lo general eran, efectivas, las supersticiones impregnaban ese sistema de creencias que alcanzaba a todos, tanto a los laicos como a los eclesiásticos y que a menudo llegaba a tal grado de ingenuidad que hoy nos hace sonreír, como puede verse en el último caso que presentamos sobre la vida de Sibila.

Hemos tomado varios documentos del libro de Michel Parisse. *Les nonnes au Moyen Âge*¹, pero hemos contrastado en todos los casos posibles sus fuentes. De los otros diplomas damos la bibliografía exacta.

Las santas fueron mucho menos frecuentes en la Edad Media que los hombres, pero las hubo. El caso de *Marie d'Oigies*, permite recordar a grandes trazos, los caracteres principales de la vida de las religiosas en general pero dado que fue muy independiente no puede ser el mejor modelo de santidad, pero reúne la mayor parte de las formas de la vida de una santa de fines del siglo XII y comienzos del XIII.

De *Santa María d'Oignies, beguina*², reclusa, canóniga (n,1177-1213),

1. PARISSE, Michel: *Les nonnes au Moyen Âge*. Le Puy: Cristine Bonneton, éditeur, 1983. (La traducción del francés, es su caso, es mía).

2. Recordemos que los beguino y las beguinas eran personas de ciertas comunidades monásticas de vida devota en la que no se requería emitir votos. La institución de las beguinas de atribuye a Lambert Begh (1170). Al propagarse en el siglo XIII las órdenes mendicantes, estos beguinajes se transformaron en comunidades terciarias, principalmente franciscanas.

fue Jacques de Vitry quien dejó el relato de su vida. Fue éste canónigo regular del Monasterio de Oignies.

Seguimos su relato sobre su vida: en parte transcrito directamente y en menor parte glosado³.

María fue para el cronista un ejemplo de liejesa que, en el siglo XIII, despreciaba los placeres de la carne y las riquezas de este mundo, vivía en el ayuno y las plegarias, se puso al servicio de Dios y hacía obras de misericordia. En el tiempo en que vivió, vírgenes o viudas, podían arrojar al Mosa en ocasiones en que la ciudad era presa de pillajes, antes que aceptar el riesgo de perder la castidad.

María nació en Nivelles, de padres de condición modesta pero financieramente pudientes. Desde muy joven eligió el camino de la religión, rehusaba jugar con sus compañeras y se ponía a menudo de rodillas por la noche delante de su cama para orar las plegarias que conocía. Se sintió pronto atraída por la orden cisterciense, ya que una de sus abadías estaba cerca de su casa. Desdeñaba los bellos vestidos que le ofrecían sus padres. Cuando tenía 14 años fue dada en matrimonio a un joven llamado Juan que representó para ella un guardián de su castidad y de su mutuo amor. Ambos se pusieron por un tiempo al servicio de los leprosos de Willebroek, cerca de Nivelles, y luego se separaron voluntariamente.

María castigaba su cuerpo y lo sometía a la servidumbre trabajaba con sus propias manos, rezaba siempre y dejaba pocas horas al descanso. Llevaba debajo de su camisa una cuerda recia que la rozaba continuamente. Había recibido el don de las lágrimas, no podía escuchar hablar de la Pasión o ver a Cristo en la cruz sin llorar abundantemente y gemir. Era incapaz de controlarse y a un cura que le pidió que rezara en silencio y contuviera sus lágrimas, ella le explicó que le era imposible hacerlo porque le pasaba de manera incontrolada por voluntad del Espíritu Santo.

Sus intenciones y sus pensamientos eran puros. Jamás tuvo que confesar un pecado mortal, pese a ello, consciente de su indignidad consideraba sus debilidades, aun las mínimas, como faltas aunque no lo fueran. Quería por ejemplo haber tenido en su juventud palabras ligeras, haber sido alegre, haber reído, haber acogido entre sus brazos a un pariente que la visitara, haber abrazado por devoción las manos y los pies de un sacerdote. Luego de una grave enfermedad durante la cual había comido carne y bebido un poco de

Muy numerosas en los siglos XIII y XIV se expandieron especialmente por Francia, Alemania y Países Bajos, muchas de ellas derivaron hacia las corrientes de espiritualidad de cátaros y fraticelos, quienes, junto con los begardos, fueron condenados repetidas veces.

3. En VICENT DE BEAUVEAIS: *Speculum historiae*, se recopilan los escritos de Jacques de Vitry. Douei, 1624, pp. 1243-1252.

vino, se afligió mucho y se puso en penitencia. Ayunaba más allá de toda medida y aceptaba la cena como un castigo impuesto. En verano a la hora de las vísperas y en invierno, al comienzo de la noche, se alimentaba de pan negro y muy duro que le lastimaba el estómago hasta hacerlo sangrar. Luego, durante tres años, se puso a pan y agua desde la fiesta de la Santa Cruz hasta Pascuas, ayunaba privándose de alimentos sólidos desde la Ascensión hasta Pentecostés, sin disminuir ni el ritmo de sus oraciones ni del trabajo manual.

El ayuno liberaba su espíritu para rezar. Oraba sin cesar, gritando hacia Dios y expresado en alta voz sus sentimientos. Mientras sus manos movían el huso, leía el salterio colocado ante sus ojos, recitando los salmos para no dejar vacante su corazón. Rogaba por ella y por los otros, por un caballero muerto en torneo, por otros, por las almas sufrientes del purgatorio. Tenía una devoción particular por Nuestra Señora de Oignies a la que visitaba todo el tiempo. Un día no comió nada, estuvo toda la noche en vigilia, y al día siguiente tampoco comió nada hasta la noche: los ángeles le sonrieron a lo largo del camino hacia la Iglesia. Una gran tormenta la sorprendió sin vestimentas de lluvia pero ellos la protegieron. Multiplicaba sus genuflexiones, seiscientas en principio mientras rezaba; luego dejando el salterio delante, se arrodillaba a cada salmo para recitar un Ave, trescientas veces más, lastimándose en cada genuflexión hasta llegar a hacerse sangre con los últimos golpes.

Se vestía modestamente y rehusaba llevar sobre su piel una camisa de lino, usaba un silicio rugoso hecho de un tejido grosero de estopa, una túnica de lana blanca y una capa del mismo color, sin echarse jamás una piel. No sufría el frío aunque fuera glacial. Trabajaba durante mucho más tiempo que sus compañeras, realizando con sus manos el producto de dos personas. Huía del bullicio y del ruido, prefería el silencio, y llegaba a estar callada desde la Santa Cruz hasta Pascua. Su fervor natural se dejaba ver en sus expresiones: corazón libre, rostro alegre, apariencia humilde, cabeza agachada hacia el suelo, pasos medidos. Su sola presencia reconfortaba y daba fuerzas a aquellos que la veían. Se percibía en su cara la gracia del Espíritu Santo como si fuera en un libro. Si las privaciones a las que se sometía, los golpes que se daba con la disciplina la enfermaban, se ponía contenta.

Vivía con el temor de Dios, limpiando así la duplicidad de su corazón, las falsedades de su boca, la vanidad por su trabajo. Quería vivir la pobreza, mendigar lo necesario y repartir lo poco que recibía. Asistía a los enfermos y participaba en los entierros. Un día venció con sus palabras y su lucha a una monja conversa que, a las puertas de la muerte, luchaba contra los demonios. María libró frecuentes batallas contra el diablo, cuando éste quería llevarse a los pecadores y rezaba particularmente por las almas del Purgatorio.

Inspirada por Dios, poseía discreción, coraje, inteligencia, prudencia y espíritu para bien aconsejar. Evitaba las visitas que deseaban verla, se ocultaba para no ser molestada y rehusaba que le pidieran asistencia y consejos.

“Aquello que no podía conocer por la razón humana, lo sabía por inspiración divina luego de su plegaria. Por ejemplo a uno de sus amigos que satisfecho de su condición modesta y deseoso de escapar a la gloria terrestre, le preguntó si debía aceptar la oferta hecha por el preceptor de un noble y recibir regalos, ella le aconsejó después de haber orado: “he visto que con ello te preparan un caballo negro que escogerá la dirección del infierno y que un ejército de diablos te aplaudirá. Queda pues, siguiendo mi consejo en el camino que el Señor te ha trazado a fin de no dar oportunidad al diablo por tu ambición o por la gloria del siglo”. El espíritu profético estaba en ella; adivinó, tres años antes de que ocurriera, la masacre de los heréticos albigenses. Tenía frecuentes visiones: se le aparecía San Bernardo. Una revelación le indicó que las reliquias descubiertas por azar en Oignies eran las de San Ayoul”.

“Su reputación hacía que mucha gente de la ciudad de Nivelles fuera a Willebroek donde ella vivía. Por esa razón se trasladó a Oignies lugar por entonces menos conocido que Dios le indicó para que viviera en la comunidad de las monjas regulares. Conoció que su fin se acercaba, dictó su testamento, estando todavía enferma hizo preparar su lecho de muerte en la iglesia, frente al altar, alababa todavía en sus últimos instantes la gloria de Dios, cuando tuvo la visión de su acogida en el cielo; murió a la novena hora del día, como Cristo, con su cara iluminada. Tenía 36 años. Las que prepararon su cuerpo para sepultarla, pudieron constatar que la piel de su vientre tocaba su espina dorsal, así de delgada estaba”.

Las profesiones forzadas

Las elecciones impuestas por la sociedad, a menudo rápidas y definitivas, ocultaban bajo una cobertura de piedad profunda, lo que no era sino el resultado de una circunstancia. No había grandeza alguna en esas profesiones ya que, a menudo, la entrada en un monasterio era fruto de realidades contradictorias y forzadas. He aquí un ejemplo especialmente explícito. En el monasterio de Amptenhause, una religiosa, Beatriz, mereció la admiración general, su entrada en religión es recordada en estos términos: “En su adolescencia ella quería seguir los caminos del siglo, pero ¡Gracias a Dios! Fue guiada por una mano fuerte. En efecto, nacida de parientes ilustres, quedo huérfana; tenía un aspecto poco agradable y por eso, un matrimonio con algunos de sus iguales había sido imposible, y fue forzada, de alguna manera, a encontrar como esposo a Cristo... Uno se sus parientes comprendiendo que la joven había llegado a la edad núbil pero que no tenía medios financieros ni de belleza para contraer matrimonio tomó una prudente decisión: decidió dar a la virgen Beatriz al esposo celeste, rey de las vírgenes y creador de la

virginidad, a él que gozaba de la pureza de corazón y no de la belleza del cuerpo... La joven rechazaba esta solución por todos los medios, como quien ignora tan gran bien y tan gran placer; fue llevada al monasterio luego de haber pedido su pariente a las religiosas que no la rechazaran y se hiciesen cargo de ella⁴. Por fortuna Beatriz se convirtió efectivamente, y se salvó del naufragio del mundo para llegar al puerto del reposo monástico” “porque una enfermedad mortal, un cáncer, invadió su rostro y deformó su nariz hasta el borde de su labio superior”⁵. Resulta inútil agregar que no quedó a la desgraciada más remedio que ocultar su enfermedad y su fealdad dentro de los muros del monasterio.

La intención piadosa, una vez más, estuvo dictada por las circunstancias, en este caso por la comodidad de los parientes.

Castidad y reclusión mal observadas

Guillermo de Malmesbury cuenta la historia de una canóniga de Colonia del siglo XI, que tenía que tenía un salón y excitaba el deseo de numerosos pretendientes: “En el monasterio de monjas de Colonia se encontraba una virgen que había sido educada allí, más por el deseo de sus parientes que por el gusto de una vida honesta. A causa de sus hermosos vestidos, por su agradable conversación hacía rendirse enamorados a todos, los que ya sea por temor a Dios o por temor al deshonor, reprimían sus deseos. Uno de ellos al que una inmensa riqueza y porvenir de una familia prestigiosa se había hecho muy audaz, rompió la ley y la justicia y osó tomar la virginidad de la joven y habiéndola llevado consigo la hizo pasar por su esposa. Transcurrido un largo tiempo; la abadesa hacía demandas suplicantes y los parientes del raptor lo amonestaban para que no permaneciera en un crimen tan negro, pero él haciendo oídos sordos, pasaba por sobre todo ello, como una roca inmóvil resiste al mar. Por entonces el obispo se encontraba ausente por azar, ocupado en los quehaceres de la corte. A su regreso, tomó el asunto en sus manos y ordenó que la oveja fuera devuelta a su manada. Luego de múltiples transacciones verbales la joven fue devuelta al monasterio, mas, poco después, estando ausente el obispo en una cacería, la joven se escapó. Entonces la excomunión llegó al culpable a tal punto que ningún ciudadano osaba salir o cenar con él. Pero despreciando las injurias se alejó a otras tierras suyas de modo de huir de la justicia y vivía con su excomunión como hombre fastuoso y poderoso. Luego enfermó el obispo y, lleno de dolores quedó en cama,

4. *Monumenta Germaniae Historica*, Scrip XII, p 460.

5. Nota 4, p. 263

venían de todas partes sus compatriotas para pedir, al santo hombre, su bendición. Pero el joven no osaba llegarse hasta el obispo personalmente y pidió a varias personas que intercedieran por él. Al oír su nombre el obispo gimió, luego habló. Quiero repetir sus propias palabras: Si ese desgraciado abandona a esa mujer maldita, que sea absuelto. Si persiste, un año después del día y la hora en que yo muera, que de cuentas a Dios. El hombre justo un año después de la muerte del obispo, junto con la mujer, fueron muertos por la turba⁶.

Se constata en éste y en otros casos que la falta no parece caer particularmente sobre la religiosa. Pero en otros casos sí lo fue.

Es así en el de una monja de Saint-Glosinde de Metz, a quien su padre había recluído muy joven en la Iglesia, huyó con un joven y rompió el voto de su padre. Entonces cayó paralítica y no se curó hasta que regresó a su monasterio⁷.

Vocaciones forzadas

Es sabido que había monasterios femeninos que funcionaban perfectamente bien siguiendo las reglas de la Orden y otros que no lo hacían. En ellos se sucedían las recepciones, las buenas comidas, los lujosos vestidos. También se encuentran menciones fugaces de nacimientos de niños en ellos, sobre todo en los últimos años de la Edad Media.

Una bula de 1150 del papa Eugenio III alude a ciertas facilidades de vida de las monjas en lo que puede verse una prueba de cierta, a veces exagerada, secularización de los monasterios. Pero esta situación de desorden incumbía a menudo al sistema social y a la acción personal de los nobles, como puede verse por el texto de la bula de Nicolás IV, en la que trata dirigiéndose al Arzobispo de Besançon sobre un caso particular, datado en 1289.

“La noble dama Beatriz, hija del feudal Hugues, conde palatino de Borgoña y señor de Salins, nos hace saber que hace tiempo, cuando ella era todavía menor, sus padres la habían dado, contra su voluntad y contra su gusto al monasterio de Baume-les Dames, de la orden de San Benito. La llevaron entonces hasta el altar del monasterio para que tomara el hábito regular y la obligaron a ceder a la fuerza. Llegada la edad legal la dicha Beatriz no está de acuerdo con lo que la obligaron a hacer someténdola al proyecto de sus padres, protesta por estar en el monasterio contra su voluntad y dice que no

6. GUILLAUME DE MALMESBURY: *Gesta regum Anglorum*, ed. RBMASS, t 90, pp 205-206.

7. Agrega este ejemplo PARISSE, nota 1, p. 242.

quiere hacerse monja; pero a causa del temor que le inspira la noble persona de Otón, conde de Borgoña, su hermano, se ha quedado durante años en ese monasterio y en esa situación contradictoria y propone que, desde que pueda dejar de tener temor salir del monasterio e integrarse libremente al siglo... Es por esto que la noble Beatriz nos ha suplicado humildemente que pueda dejar la observancia regular”.

Desconocemos el final de esta historia, pero puede suponerse que Beatriz logró salir de monasterio.

El papa Inocencio III, hacia 1200, instruye un proceso al arzobispo de Besançon, que había sido denunciado por tres curas de la diócesis, sobre su inconducta, decían que: “Ayuda a los que quieren abandonar la vida religiosa y aun a las monjas las incita a dejar las órdenes sagradas y a casarse y a vivir como laicas. Su hermano abandonó a su legítima esposa para vivir con una monja la que tiene abiertamente en su casa como su fuera su esposa, y para colmo el arzobispo ha hecho a la esposa dejada, aunque ésta es iletrada abadesa de un monasterio mientras su hermano continúa viviendo en el mundo sin observar continencia alguna. Además algunos novicios y casi todos los curas de la ciudad y de su diócesis tienen abiertamente concubinas sin que se los amoneste porque él mismo pecaba de un mal más grave todavía: el rumor público lo acusa de un mal mayor todavía, el de haber realizado un incesto con una de sus parientes de su sangre, la abadesa de Remiremont, de haber sido el padre del hijo de una monja y de haber tenido relaciones públicamente con la hija de un cura”⁸.

Anécdotas edificantes

Dos textos de Jacques de Vitry, muestran las actitudes de dos monjas que resisten la tentación. El primero ha sido tomado dos veces por Etienne de Bourbon, quien hace responsable de los hechos al rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León: “Una monja virgen, muy bella, era deseada por un príncipe poderoso y rico, el monasterio estaba en sus tierras. El príncipe la deseaba pero no podía convencerla ni por ruegos ni con regalos. Envío a unos de sus hombres a buscarla al monasterio. Ella preguntó por qué la llevaban a ella en lugar de hacerlo con alguna otra. Le respondieron que ella tenía hermosos ojos y que su señor los había visto y los deseaba. Cuando escuchó esto la monja se regocijó, se arrancó los ojos y dijo: “He aquí los ojos que él desea, llévenselos para que me deje en paz y no que robe el alma”: habiendo perdido sus ojos carnales, conservó sus ojos espirituales”.

8. *Patrologia Latina*, 216, col. 479 (traducida al francés por René Locatelli).

“Esta virgen prudente y muy casta fue muy distinta de esa desgraciada monja que su abadesa escondía en un rincón secreto del monasterio, porque un noble la buscaba para unirse a ella. El caballero la había buscado en todos los edificios y los rincones del monasterio sin haberla podido encontrar, finalmente cansado y disgustado se preparó para partir. La monja viendo que había cesado su búsqueda sin haber podido encontrarla, gritó “cú-cú”, como hacen los niños que se esconden y no quieren ser descubiertos. Al escuchar su grito el caballero acudió y habiendo satisfecho su deseo, se burló de la desventurada y se fue”⁹.

San Elredo escribe para su hermana un manual sobre la Vida de las Reclusas

Fue San Elredo de Durhan, 1109-1166, un famoso cisterciense, abad de Rieval, (Escocia), próximo a San Bernardo, a tal punto que algunos lo llaman el San Bernardo del Norte. Presidió la fundación de varias abadías de la regla del Cister en el Yorksihe. Escribe luego de 1147 varias obras didácticas entre ellas: *De Institutione Inclusarum*¹⁰ para su hermana que desea conocer el camino recto que debe seguir una reclusa.

En su Dedicatoria San Elredo se dirige a su hermana y le ofrece la obra sobre la reclusión de las mujeres, pues a su pedido, y por complacerla la ha escrito para que ella tenga una dirección segura en su vida ascética.

La primera parte se titula: *El reglamento externo de vida*, tiene varios apartados. Dice textualmente en él:

“2. Debes saber ante todo cuáles fueron las causas y razones que movieron a nuestros Padres a instituir o poner en práctica este género de vida. Para algunos vivir en sociedad es una fuente de peligros. A otros, aunque no los encuentren, la vida social les resulta fastidiosa. Otros, finalmente, sin ninguna de estas razones estiman mucho más provechosa para ellos la vida escondida.

3. Y las razones que a los antiguos impulsaron a la vida solitaria fueron las siguientes: huir de los peligros que consigo lleva la convivencia, evitar sus graves inconvenientes y poder anhelar y suspirar con mayor libertad el abrazo de Cristo. Estas razones llevaron a muchos a vivir solitarios en el desierto, sustentándose con el trabajo de sus manos. Pero los que ni siquiera en este

9. The “*exempla*” or illustrative stories from the “*sermones vulgares*” of Jacques de Vitry, ed. Th. Crane, Londres, 1890; LECOY DE LA MARCHE: *Anecdotes historiques, légendes et apologies tirés du recueil inédit d’Étienne de Bourbon, dominicain du XIII^e siècle*. Paris, 1877.

10. *Corpus christianorum. Continuatium*. Tomo I, Vol. I, pp. 636-682.

género de vida se creían seguros, dada la libertad en la que deja la soledad para vagar de un lado para otro, creían que presentaba una mayor garantía encerrarse en una celda, excluyendo así hasta la posibilidad de salir de ella. Esto fue lo que a ti te movió a abrazar este género de vida.

II. Las reclusas en la actualidad

4. Muchos, sin embargo, por ignorar o despreciar esta forma de vida, creen que basta encerrarse entre cuatro paredes y dar rienda suelta a su imaginación, para distraerse e incluso deleitarse con deseos impúdicos o ilícitos. Más aún, son incapaces de poner un freno a su lengua, pasándose el día entre comentarios del pueblo o de la ciudad en que viven, de las plazas y mercados, metiéndose en las costumbres y vidas ajenas, inquiriendo curiosamente no ya cosas inútiles, sino también menos limpias.

5. Apenas encontrarás entre las reclusas de nuestros días una sola que permanezca en la soledad. Porque no será difícil descubrir junto a su ventana alguna mujerzuela charlatana y vendedora de noticias que las entretengan con cuentos, alimenten su imaginación con chismes y detracciones, les describa el tipo, el atractivo y el carácter de tal o cual monje o clérigo, u otro hombre cualquiera, dejando caer algo picaresco que fomente la lascivia de las jóvenes o la libertad de las viudas, que ya creen lícita toda complacencia a sus caprichos...

Su preocupación por lo material

8. ...otras se abrasan en ansias de aumentar su dinero y multiplicar su ganadería. Es tan grande su solicitud que más bien las creerías administradoras o señoras de un gran patrimonio y no anacoretas. Buscan pastos para sus ganados y contratan pastores para que los cuiden; exigen a los encargados las cuentas sobre el precio, el peso y la cantidad de la cosecha anual. Vienen después las compraventas, para acumular más dinero del que ya tienen e inflamar aún más su codicia. Las engaña el mal espíritu so pretexto de que todo lo necesitan y vienen bien para dar limosnas...

El ejercicio de la caridad

10. El pretexto de la caridad... Será mejor que entorno a su celda (la de la reclusa) no se perciba el clamor de los pobres, el llanto de los huérfanos o los lamentos de las viudas.

11. ...Cuando caigan en cuenta de que nada tienen y nada pueden y nada pueden recibir, se irán cansados de importunarte. Esto es inhumano —me responderás. Pero en realidad si tienes algo más que el sustento y el vestido necesarios, ya no eres monja. Y entonces ¿qué puedes dar como limosna?

17. El trato con las niñas. A niños y niñas no des entrada alguna. Algunas reclusas se dedican a la instrucción de las niñas y convierten la celda

en una escuela. Se sienta ella junto a la ventana y las niñas dentro del atrio... Llama a cada una junto a sí a la que llora por el castigo, le acaricia su rostro, le estrecha su cuello, y entre abrazos le llama hija mía. ¿Dónde queda ya el recuerdo de Dios en esa situación? Porque, a pesar de que no sea consumado, se provoca y casi se representa vivamente ante los ojos todo lo mundano y carnal.

IV. El Silencio

20. Hable raras veces, esto es; en horas bien determinadas y establecidas de las que hablaremos después.

29. ...Desde la Exaltación de la Cruz hasta cuaresma, guarde silencio la reclusa desde Completas hasta la aurora del día siguiente. Concluida Prima, si desea hacer alguna indicación a su sirvienta respecto a los quehaceres del día, hágalo en breves palabras, sin hablar ya con nadie hasta Tercia.

38. La lectura y el trabajo. Concluidas las conmemoraciones, cuyo número deberá dictarlo más la devoción que la obligación de cumplir un propósito o un voto, dedicará el tiempo que te quede hasta la aurora en algún trabajo manual acompañado con la recitación de salmos. Al clarear la aurora rece los Laudes añadiendo los himnos de Prima. Dicha Tercia, dedíquese al trabajo manual hasta Nona. Después de la comida y de acción de gracias, repita el prescrito ciclo, intercalando los ejercicios espirituales entre el trabajo corporal hasta las vísperas..., rece las Completas con el mayor fervor y se retire a descansar modestamente con el pecho abrasado por el amor.

VII. La Alimentación

50. ...Absténgase la reclusa del pan blanco y de los manjares delicados, como si fueran veneno para su castidad. Alivie la necesidad de tal modo que quite el hambre y no sacie el apetito. Así, aquellas que puedan aspirar a la más perfecta abstinencia, confórmense con una libra de pan y una colmada hemina de bebida, ya sea que hagan una o dos comidas al día.

51. Se servirá un plato de verduras o legumbres o al menos de pasta de harinas, con un poco de aceite, mantequilla o leche para suavizar la aspereza de la condimentación y con ello tendrá suficiente, aunque después vaya a cenar. A la cena tome un poco de leche, pescado o algo semejante que tengas más a mano y deberá conformarse con una sola porción, a la que añadirá fruta o ensalada si tuviere. Podrá tomar estos alimentos aun cuando haga una sola comida al día.

VIII. El Vestido

53. Confórmese la reclusa con los vestidos necesarios para defenderse del frío. Use pieles y vestidos de la misma calidad en el invierno. Para el verano, por el contrario, tenga una sola túnica. En ambas estaciones tendrá dos camisas o estameñas de tejidos toscos. Que el velo de la cabeza no sea fino

ni elegante, para no dar señales de que le gusta presumir por la variedad de los colores. Calzado, escarpines y cáligas tenga solamente lo que juzgue necesario. Y, como fiel guardiana de su pobreza, procure incluso tener algo menos de lo que una justa necesidad puede exigir.

IX. Conclusión

54. Querida hermana: a instancias tuyas he escrito lo que antecede sobre la formación del hombre exterior, atendiendo no tanto al fervor de los antiguos, como a la tibieza de nuestros tiempos, para proponer a las débiles una forma de vida moderada, mientras dejo a las más fuertes en libertad para aspirar a algo más elevado”.

Eran estas las recomendaciones dadas por un futuro santo a su hermana reclusa. Dura forma de vida debía llevar, casi aislada del mundo, en permanente oración y trabajo manual; escasa, aunque no privada, de todos los bienes terrenos y de todas las necesidades de la vida cotidiana. Difícil debió ser aceptar y seguir fielmente esa vida, tanto que las mismas recomendaciones que San Elredo escribe en su texto sobre lo que no deben hacer y las observaciones sobre lo que sí hacen las malas reclusas, muestran la existencia de engaños, corruptelas, mistificaciones que solían empobrecer, cuando no dañar irreparablemente, la presencia y la función de estas mujeres dedicadas voluntariamente a Dios en la reclusión.

Contrastes: el engaño de una religiosa

Engaños de religiosas que decían consagrar su vida íntegramente a Dios que simulaban por ello ser beneficiadas con milagros y reconocimientos especiales por parte del Altísimo, existieron frecuentemente. Mujeres que aspiraban a ser santas milagreras, tocadas por el Señor, y que deseaban ser admiradas por el pueblo y por las otras religiosas que no lograban destacarse y que además conseguían ser admiradas atraer la atención hacia ellas y vivir confortablemente sin trabajar, fueron relativamente frecuentes en estos siglos medievales. Es lógico que hayan quedado testimonios de ellas, contados generalmente por hombres de la iglesia con afán ejemplarizante y posiblemente como expresión de misoginia.

Un caso al que hacemos ahora referencia es el de la beguina de Marsal, lugar situado en plena Lorena. Sibila era su nombre y quiso imitar a las mujeres piadosas que seguían los caminos de los frailes mendicantes. En un comienzo seguía los oficios de la iglesia parroquial de Marsal y manifestaba su piedad de manera espectacular. Alojada en casa de una buena señora decía que cada noche era asaltada por los demonios y defendida por ángeles. No

tomaba ninguna comida. Pronto su fama se extendió por la ciudad y por la diócesis y numerosas personas venían a verla. Los mendicantes estaban perplejos, el obispo de Metz, Jacques de Lorena, hermano del duque, estaba inquieto. "Fue entonces cuando el obispo de Metz, acompañado por los suyos quiso comprobar si verdaderamente no comía ni bebía y si ella estaba encantada por los espíritus como decía, para ello la hizo llevar a otra casa. Sibila no dejaba que nadie se quedara de noche con ella, pues decía que los ángeles la guardaban del diablo cuando venía a importunarla con maldades. Pero como estaba de tal manera vigilada y no podía comer ni beber decía que durante el día era transportada al cielo. Luego, durante la noche, cogía plumas del colchón en el que descansaba y las esparcía por el cuarto y por la casa donde los guardianes reposaban. Al ver esto ellos creían que se trataba verdaderamente del diablo que se agitaba al molestarla. Estuvo tres días y tres noches en esa casa sin comer ni beber. Cuando vio que no podía aguantar más pidió al arzobispo que la llevara nuevamente al primer alojamiento, porque había visto que en la casa a donde la habían mudado el diablo era más fuerte y terminaría por llevársela. El obispo la creyó y la hizo llevar a su primitivo lugar. Entonces los *sabbats* nocturnos continuaron". Luego la beguina no se contuvo más. "Llegó un día en que uno de los ciudadanos murió: gran número de los ciudadanos de Marsal no lo consideraban como un hombre de bien. Sibila tenía noticias de todo esto; la noche siguiente vistió su *larve* (que así se llamaba su hábito) y se llegó a la puerta de la casa del hombre como si ella fuera el diablo y dijo con ronca voz: Ah!,ah! Qué gran mal me ha causado esa Sibila pues se ha llevado violentamente a mi amigo que hoy murió. Está ella encantada en el cielo y no volverá hasta dentro de tres días, de tan manera que lo retiene por sus súplicas y sus plegarias: yo pienso que él me pertenece y quiero conducirlo a mi vasta pradera".

"He aquí que el obispo y aquellos que la escucharon creyeron que verdaderamente era el diablo el que hablaba. En efecto, cuando al día siguiente el obispo y sus acompañantes fueron a verla, lo que no estaba permitido a otros, la encontraron tendida en su lecho con la cara roja. Estaba como dormida envuelta en telas finas y blancas, el velo que cubría su rostro era tan fino que podría afirmarse que ninguna mano humana habría podido fabricarlo. Estaba ella extendida, como dormida, y exhalaba un soplo tan ligero que no se podía afirmar si respiraba o no... Como ella no podía hablar preguntaron a la dueña de casa de dónde provenían aquellas telas tan blancas y tan hermosas. Contestó que la había encontrado varias veces en esa forma, cada vez que volvía del cielo, y que le había dicho que su lecho había sido hecho por los ángeles y que había recibido de ellos esos ropajes. Afirmaba también que ellos le bendecían su agua a fin de que pudiera dominar las astucias del diablo cuando venía este a inquietarla. Efectivamente en su cabecera había una bella jofaina en la que había agua, y se cuenta que el mismo obispo y sus

acompañantes, bebieron de esa agua infecta para protegerse del diablo. El asunto había tomado grandes proporciones, pero tuvo un brusco final. Uno de los hermanos que vigilaba por la noche, tuvo la curiosidad de echar una mirada por una rendija de la puerta en el momento en que los gritos llegaban a su paroxismo. Vio a Sibila, haciendo ella su propio lecho vociferando alegremente. Forzaron la entrada. El engaño fue desenmascarado. Un cura cómplice le llevaba a escondidas los alimentos que ella tomaba durante la noche y escondía debajo de su lecho durante el día. Vejado por haberse dejado engañar, el obispo la hizo prender y arrojar en una profunda fosa donde murió poco después”¹¹.

11. PARISSE, M.: “De Sibyle béguine de Marsal et ses actes (XIII siècle)”. *Cahiers lorrains*, 1969, pp. 18-22.